

SARA
RODRÍGUEZLA VIDA EN
UN HILO

INTRAHISTORIA

HOY quiero hacer una mención a la labor cultural, social y educativa que está desarrollando desde hace tiempo la asociación Marbella Activa, compuesta por Javier Lima y Arturo Reque, entre otros. Su página web (www.marbellaactiva.es) es un lugar de encuentro y un foro de opinión que invita a la reflexión y al debate sobre nuestro futuro y nuestro pasado. Y es el pasado lo que ha llamado mi atención. En concreto, hace unos meses Javier Lima y José García Benítez publicaban un interesante artículo sobre los apodos de Marbella, sobrenombres que se llevaban con resignación –a veces con orgullo– y que forman parte de lo que Unamuno denominó intrahistoria.

Quienes pertenezcan a alguna de las generaciones de marbelleros disfrutarán al leer esa extensa y ocurrente nómina de motes y con una sonrisa evocarán a mu-

chas de esas personas que tenía olvidadas. ¿Quién no ha oído alguna vez hablar del Barrigalata, del Chipi, el Música, el Moñi, el Muerte (cuya hija, Soraya Castro, ha sido la primera gitana en posar desnuda para la revista *Interviú*), Taroque, el Nejo o el Mundo? Yo los he escuchado infinidad de veces en boca de mis abuelos y, por supuesto, los he conocido. Recuerdo, por ejemplo, a mi abuela Paca, la del Muro, hablar muchísimo de la Melanjuague (alias que me provocaba una risa incontrolable) y de la Tamaya, a quien recuerdo con su larga coleta rubia echando comida a los gatos. Pero no puedo evitar recordar otros que no aparecen en la lista y que pertenecen a miembros de mi familia paterna (tal es el caso de mi abuela Paca, la del Muro) y de algunos familiares maternos, como Tres talegas, Magaña y Molino. Mi tatarabuelo era apodado Tres talegas porque le tocó el premio gordo de la lotería y tuvo que re-

coger el dinero con tres sacos y un burro para cargarlos; fue todo un espectáculo en aquella época. Aquel montante le permitió comprar los terrenos donde se asentaba nuestra Finca Magaña, que pasó a llamarse así por el apodo de su hijo, mi bisabuelo Francisco Millán. Por su parte, mi bisabuela, Carmen Montiel, era apodada la del Molino porque vivió allí y explotó junto a su marido la aceña de la Finca del Molino hasta los años cincuenta.

Aquellas personas y sus sobrenombres fueron protagonistas en el decorado de una historia menos visible, la familiar, pero que conforma la intrahistoria de nuestra Marbella. A través de las generaciones, esa entrañable forma de dirigirnos y ubicar a nuestros paisanos ha devenido en nuestra particular tradición que debemos preservar, pues esta, como bien decía Unamuno, «vive en el fondo del presente, es su sustancia».